

JUAN

¿Y si el banquero abate?

PAQUITO

El pánico en los puntos; pero siempre hay emoción.

VICTORIA

¿Y no te deja mejor memoria la conversación de una mujer agradable?

PAQUITO

Recuerdo más perenne; sí. Los incidentes del juego de azar se me borraron todos, y en cambio van ya cinco días que he cenado con la condesa Wasisky, luego fui acompañándola hasta su casa y aún tengo un dolor de estómago que me dobla.

JUAN

¿Se te indigestó la cena?

PAQUITO

No, la condesa.

VICTORIA

¡Ojalá conserves mucho tiempo esas ideas! Mientras lo grande sean tales pequeñeces, señal de que no tienes preocupaciones verdaderamente grandes; ¿qué más te puedo desear?

PAQUITO

Una cuenta abierta en cualquier establecimiento de crédito.

VICTORIA

Estás muy metalizado, Paquito.

PAQUITO

Haciendo oposiciones, pero sin llevarme la plaza.

VICTORIA

Cambiaba gustosa contigo.

PAQUITO

Yo, no, por el sexo.

VICTORIA

Ideas tuyas contra dinero mío.

PAQUITO

¿Cuántas quieres?

VICTORIA

Ninguna.

PAQUITO

Aunque sea a mitad de precio.

JUAN

¡Si vieras qué fácil es conseguirlas!

VICTORIA

Dime cómo.

JUAN

Cuando se te ocurra algo, hazlo, y después de hecho medita si es bueno ó malo.

VICTORIA

¿Y si es malo?

JUAN

La primera vez te disgustas contigo misma, la segunda lo discutes...

VICTORIA

¿Y en las restantes?

JUAN

Sacarás la consecuencia de que lo hecho, hecho queda.

VICTORIA

¿Es una opinión?

JUAN

Un procedimiento. Vivimos en sociedad y hay que sujetarse á sus preceptos; conformes. Pero de esa norma general á la esclavitud hay un abismo.

PAQUITO

Que Juan y yo hemos salvado.

VICTORIA

Porque sois hombres.

JUAN

Yo le doy al mundo lo que es suyo, la apariencia; pero de ahí para adentro, todo es mío; no sacrificios afectos, ni ilusiones por el solo temor al qué dirán. Si puedo, hago lo que quiero, pero lo hago como quiere la sociedad.

VICTORIA

No eras así antes.

JUAN

Y así me fué.

VICTORIA

El arrepentimiento es lo que más se parece á la cobardía.

JUAN

Y lo que se distingue más de la soberbia.

VICTORIA

Consigno misma.

Es mezquino mudar de opinión cuando no se puede mudar de conducta.

JUAN

Para eso era preciso que mandases en tus

pensamientos, y me aventuro á creer que tú, como el resto de los mortales, serás juguete suyo.

PAQUITO

¡Alto! Esas sublimidades son incompatibles con mi presencia. ¿Irás por el Casino? Si no nos vemos, buen viaje, asciende y no escribas como no te pase algo muy... ¿A qué hora te marchas?

JUAN

Por la mañana.

PAQUITO

Despedido ya; no madrugo.

JUAN

A las seis.

PAQUITO

¡Ah!... Antes de acostarme puede que baje.

JUAN

No te molestes.

PAQUITO

Hasta luego.

Mutis Paquito por la terraza.

ESCENA XVIII

VICTORIA Y JUAN

VICTORIA

Me da lástima pensar en el porvenir de este muchacho.

JUAN

Hoy por hoy bien va... ¡Va bien! Déjale, déjale cumplir su destino.

VICTORIA

¿Tú crees en la predestinación?

JUAN

Yo sí.

VICTORIA

Yo no. El porvenir no es más que una consecuencia de lo pasado.

JUAN

¿Siempre?

VICTORIA

Siempre. Es algo que ha de ser por algo que ya ha sido. En nuestro camino, lo que encontramos más adelante como fatalidad, es lo que

nosotros mismos hemos dejado atrás como torpezas. Por eso nosotros, teniendo derecho y libertad para escoger el camino que mejor nos convenga, si nos equivocamos ha de ser á nuestra costa. Pero enmendar torcidamente la suerte, quejarse del destino buscando disculpas, no... ¡eso no!

JUAN

Cada uno se echa su carga, y después...

VICTORIA

Después hay que llevarla.

JUAN

Y el que se equivocó...

VICTORIA

A ese le pesa más.

JUAN

Qué hermoso si fuéramos piedras para estar siempre inmóviles. Aquí me puse ó me pusieron, y aquí estoy... Pero eso va contra la ley divina. Si todo cambia á nuestro alrededor, es una lección de la naturaleza que nos dice: cambia tú hombre... Y además la doctrina sana es que se nos conceden facultades intelectuales y corporales á condición de utilizarlas. Y viéndote á ti misma, no se te ha ocurrido nunca que al llegar tu hora Dios pudiera decirte: Te

dí ojos, ¿por qué no miraste? Te dí voz, ¿por qué no has hablado? Te dí sangre y nervios y afanes que los hicieran vibrar, ¿por qué no te dejaste ir donde esos afanes se saciaban?

Calmándose.

Todo esto en la hipótesis de que tengas nervios...

VICTORIA

Si los tengo; pero no son nervios que me impulsan, sino como garfios que me sujetan.

Pausa. Sonriendo forzada-mente.

Es simpática Patrocinio.

JUAN

Algo sorprendido.

¿Patrocinio Mirbel? Sí, muy simpática.

VICTORIA

Pausa corta.

Y no le eres indiferente.

JUAN

Entonces no podemos seguir hablando de eso.

VICTORIA

¿Te desagrada?

JUAN

No, pero ya sabes que entre nosotros jamás decimos lo que nos pueda interesar personalmente.

VICTORIA

Serás tú.

JUAN

¿Quieres convencerte del aprecio que te merezco? Para ti soy tan extraño como los Mirbel.

VICTORIA

No te compares.

JUAN

¿Le contarías á ellos una pena?

VICTORIA

No.

JUAN

¿Y á mí? Tampoco: somos iguales. Nada me dices de Guillermo. ¿Por qué me ocultas que se marchó de casa?

VICTORIA

¿Y tú por qué lo descubres?

JUAN

¿Para quién es misterio? ¿Para ti? ¿Para los Mirbel, que se estaba riendo ella mientras le

contabas al marido que el tuyo se fué á Burdeos? ¿Para mí, que he visto aún anoche á Guillermo en el Boulevard? Todos lo sabemos, y conmigo te callas, porque no debo merecer esa confianza.

VICTORIA

Me callo, porque no debo pregonar mis desdichas.

JUAN

Lo comprendo.

VICTORIA

Deja, pues, lo mío, porque es mío, y sobre todo porque no es tuyo.

JUAN

También lo comprendo. Perdona.

VICTORIA

¿Te ofendiste?

JUAN

No. Pero hay palabras tan duras, que parece como que no entran por los oídos, sino por la carne, y lastiman.

VICTORIA

Perdóname tú.

JUAN

Pausa.

Adiós, María Victoria.

VICTORIA

Adiós, Juan.

JUAN

Hasta cuando Dios quiera.

VICTORIA

Hasta cuando Dios quiera, Juan.

El marcha hacia la derecha,
ella inmóvil.

JUAN

Volviéndose.

¡Cuánto daría por borrarte el recuerdo!

VICTORIA

Volviendo sólo la cabeza.

¿De estos días? No des nada, que no vale la pena.

JUAN

¿Son muchos así?

VICTORIA

¿Así? Ninguno. Ahora es agravio, ofensa...
el resto de los días no es más que abandono.

JUAN

Y me dijiste que eras feliz.

VICTORIA

Pregunta. Verás cómo todos te contestan que lo soy. Tengo una fortuna inmensa, satisfago todos mis caprichos.

JUAN

¿Y cariño, tienes?

VICTORIA

Levantándose soberbia.

¿El cariño es capricho? Yo tengo automóviles, y coches, y joyas, y vestidos, y cuadros... todo. ¿En algo de eso va ó viene el cariño?

JUAN

Ya sabes que no.

VICTORIA

Pues entonces ya sabes tú también que no lo tengo.

JUAN

¿Y no te agradecería tener quien te quisiera?

VICTORIA

¿Para corresponderle? No.

JUAN

Para saberlo.

VICTORIA

Menos. Prefiero los indiferentes.

JUAN

Sufres... Tienes razón en cuanto digas.

VICTORIA

Yo quisiera tenerla en cuanto pienso.

JUAN

¿Qué piensas?

VICTORIA

Tú no eres quién para saberlo.

JUAN

Y quizás no seas bastante tú para guardarlo.

VICTORIA

Sí.

JUAN

No. Hay ideas tan mezquinas que deben decirse nada más que para echarlas... y otras tan grandes, que uno solo no puede con ellas, y se necesitan dos para llevarlas.

VICTORIA

Calla.

JUAN

No; creerías que sigo odiándote.

VICTORIA

Cuando hablas aún lo parece más.

JUAN

Porque adivino.

VICTORIA

Porque escudriñas, y eso no es leal.

JUAN

¡Qué injusta eres!

VICTORIA

Impaciente.

No me entiendes.

JUAN

Si te entiendo. Pero cuando se llega á un instante como éste, todas las palabras son torpes.

VICTORIA

Volviéndose de espaldas, con rabia.

Sí, todas.

JUAN

Avanzando poco á poco.

¿Me dejas decirte lo que tú y yo sentimos sin hablar una sola palabra?... Mira... así...

Abrazándola con delicadeza.

VICTORIA

Huyendo espantada.

Mientes.

JUAN

Sin seguirla.

Si hubiera mentido, no escapabas: desde tu sitio me hacías salir...

VICTORIA

Suplicando.

Vete...

JUAN

Me hacías salir con un gesto desdenoso, pero temblándote la voz...

VICTORIA

Suplicando.

Vete, Juan.

JUAN

Con una orden más dulce que una promesa, ¿cómo quieres que me vaya? Si es mi suerte la que llega en este momento, debo esperarla, y aunque fuera mi perdición, no debo temerla.

VICTORIA

¿Y si es la mía?

JUAN

¡Qué importa si te une á mí!

VICTORIA

Tapándose la cara con las manos.

No, jamás.

JUAN

Cúbrete bien la cara, enciértrate en hierro ó en desdenes, en algo que yo no pueda romper, ¡qué importa! lo pasado va dentro de ti, y al sonar la hora tú misma vendrás, segura de que yo mismo te aguardo. Y no somos nosotros, no es María Victoria ni es Juan, no eres tú ni soy yo los que vamos á unirnos en un momento ciego, no; es nuestro cariño, que hemos dejado atrás y volvemos á buscarlo para poder seguir adelante por la vida.

VICTORIA

¡Ay, la vida, el mundo, si fuera hechura mía yo habría puesto más justicia ó más piedad!

JUAN

Pues ponle amor y te parecerá otro mundo.

Avanzando.

VICTORIA

Sin retroceder.

Déjame, sé generoso.

JUAN

¿Y tú, cuando vas á ser tú como quieres que yo sea?

VICTORIA

¿Si te pidiera socorro, ahogándome, qué me pedirías tú para salvarme?

JUAN

¡Nada!

VICTORIA

Pues me ahogo viéndote, Juan; déjame...

JUAN

De espaldas, da unos pasos hacia atrás.

¿Respiras ya?... Nuestro destino era unírnos, ¿por qué no me aguardaste, María Victoria?

VICTORIA

¿Por qué no insististe, Juan? Fué tu culpa.

JUAN

¿Fué mi culpa no insistir? Hoy tienes razón hablándome de lo pasado: sería muy triste que la tuvieras mañana hablándome de hoy.

VICTORIA

¡No, no! Hoy te reconozco bondad, abnegación, misericordia...

JUAN

Una pregunta, dame un respuesta.

VICTORIA

¿Y sales de aquí?

JUAN

Ahora mismo.

VICTORIA

¿Qué deseas saber?

JUAN

Saber ya sé... oír...

VICTORIA

¿Y después que oigas?

JUAN

Salgo.

VICTORIA

¿Me evitarás el sonrojo de verte en cuanto conozcas mi secreto?

JUAN

Tu pobre secreto... ¿En la alegría que tengo no comprendes que ya es mío?

VICTORIA

¡Pues, bien, sí, sí, sí... con toda el alma que sí!

Espantada, retrocediendo de espaldas lentamente, mientras él avanza.

Has prometido marcharte...

JUAN

Déjame primero oír. No llevaré más que el encanto de una palabra... dime, al menos, esa palabra para mí solo.

Abrazándola suavemente.

Pensar que pudimos ser dichosos y ahora ni culpables queremos ser... Te quiero tanto, que daría la vida por acercar un poco más mis labios, y me parece que estoy perdiendo la vida al no acercarlos.

VICTORIA

Apártate.

JUAN

¡Qué locura despreciar las horas de alegría cuando pasa tan cerca... qué locura tan enorme sacrificar á conveniencias estériles lo íntimo, lo verdadero, lo nuestro, María Victoria!

VICTORIA

Márchate.

JUAN

De nuevo dejarte... No, no te deajo.

VICTORIA

¡Por Dios!

JUAN

Por mí.

VICTORIA

No, no. Sal de aquí.

JUAN

¡María Victoria!

VICTORIA

Sal de aquí.

JUAN

¿Para no volver?

VICTORIA

Para no volver.

JUAN

¡María Victoria!

VICTORIA

Sal.

JUAN

¡María Victoria!

VICTORIA

Vete.

JUAN

¡María Victoria!

VICTORIA

No.

JUAN

Adiós, María Victoria

VICTORIA

Adiós, Juan.

Mutis Juan por la terraza.

ESCENA XIX

VICTORIA Y GUILLERMO

VICTORIA

¡Juan!

A media voz; queda absorta y llorando.

GUILLERMO

Entra, hace un gesto de contrariedad al verla y avanza, tocándola en el hombro.

¡Victoria!

VICTORIA

Sobresaltada; calmándose bruscamente.

¡Ah! ¿Eres tú?

GUILLERMO

Perdóname. Confieso que hice mal abandonando la casa.

VICTORIA

Sonriendo forzadamente.

Es mía la falta; yo no he debido contrariar tu voluntad.

GUILLERMO

Habremos exagerado un poco los dos... pero perdóname tú.

VICTORIA

Abandonando una mano que él acaricia friamente.

Si...

GUILLERMO

Si te parece adelantamos nuestro viaje á París. Este año deseo recibir más en grande, y convendría renovar los salones. Pondré á tu disposición en el Crédit Lyonnais doscientos mil francos.

VICTORIA

¡Dinero!

GUILLERMO

Sí; pero no te sujetes á esa cantidad.

VICTORIA

Gracias.

GUILLERMO

Descansa, y hasta mañana.

VICTORIA

Hasta mañana.

Mutis Guillermo por la izquierda.

ESCENA ÚLTIMA

VICTORIA

Dinero... no tiene más que dinero... ¡es poco!
La felicidad es el cariño; el amor, para mí, es
Juan...

Escribe.

«Querido Juan...»

Pausa rompiendo la carta.

No, no... la conciencia vale tanto como la felicidad.

FIN DE LA COMEDIA

LO POSIBLE

Juguete cómico en un acto y dos cuadros en prosa
estrenado en el TEATRO LARA, de Madrid, la noche
del beneficio de Doña Concha Ruíz, el 28 de Marzo
de 1905.